

Medea - Opera en 1 acto y 11 escenas

Claudio Guidi-Drei

Libreto del compositor, basada en la tragedia de Eurípides

Estreno mundial: Teatro Colón, 1 julio 1973. Obra ganadora del Concurso de Composición para obras líricas organizado por el Teatro Colón

La acción se sitúa en el período posterior a la conquista del Velloncino de Oro por parte de los Argonautas, mandados por Jasón. Conquistado el trofeo, con la ayuda de Medea, célebre maga y hechicera, hija de Aetes y de la oceánida Idia, ambos son expulsados de Colcos por orden de Acato. Refugiados tras largo peregrinar, en Corinto, Jasón se enamora de Creusa, hija del rey Creón y decide desposarla, provocando con ello la venganza de Medea.

Acto primero. Medea y su nodriza se encuentran junto a un carromato. Desde lejos llegan ecos festivos que sobresaltan a Medea. La Nodriza recuerda las fiestas de Colcos: “las grandes hogueras amarillas, con hierbas que olían fuerte ...” Ahora se hallan como dos mendigas junto al fuego que se apaga siempre. Se oyen pasos en el camino. Medea cree que es Jasón quien llega, pero la Nodriza desecha sus esperanzas, acrecentando con ello la ira y la desesperación de la maga. Confinadas lejos de la ciudad, las dos mujeres esperan en vano. La Nodriza asegura que es el viento el que trae los rumores de la fiesta. Esa noche Jasón tampoco vendrá. Medea se refugia temblorosa en los brazos de la anciana; tiene miedo y pide ayuda, presintiendo que algo se opone a la alegría y la felicidad.

Se ha hecho de noche... Un mensajero enviado por Jasón, se presenta anunciando a medea que su señor vendrá, que es preciso esperarlo. Medea, como alucinada, inquiere in insistentemente por Jasón, quiere saber qué hace en esos momentos, por qué están de fiesta en el palacio, por qué bailan... El mensajero revela entonces la verdad: Jasón se casará al amanecer con Creusa. Medea da muestras de inquietante alegría y así despide al mensajero: “Vete a bailar con las hijas de Corinto, baila con todas tus fuerzas, baila toda la noche...” Al alejarse el enviado de Jasón, Medea da gracias a la noche, sintiéndose liberada.

La nodriza ruega a Medea que la siga, que no preste atención a los ecos de la fiesta lejana. Pero ésta ya no oye nada, sólo escucha su odio. Jasón la abandona; lo ha esperado en vano, humildemente. Por él traicionó a su padre, mató a su hermano y lo siguió en la huida. Diez años han pasado, pero a partir de ahora todo ha terminado, ha vuelto a ser Medea... La Nodriza insiste en sus ruegos, aconsejando calma y olvido, pero Medea dueña una vez más de sí misma, se siente renacer. El odio es ahora fuerza suprema. Ansiosa, reclama el cántico nupcial, la anticipación de la boda: “Te seguí en la sangre y el crimen, necesitare sangre y crimen para abandonarte...”. La Nodriza sabe que Medea tomará venganza, que pronto será la más fuerte, pero teme a la muerte y anhelante se arroja a sus pies. Ya no se trata de vivir o morir. Medea la levanta brutalmente y la amenaza con furia y desprecio. La anciana, abatida, alcanza aún a advertirle la presencia de extraños.

El que llega es Creón, rey de Corinto, acompañado por varios soldados. El soberano viene a pedirle que se aleje del lugar. “Te toleré unos días en este paramo con tu carromato. ¡Ahora vete!...”. Medea pide que Jasón le sea devuelto, pero Creón le recuerda que el héroe es su huésped y que al día siguiente desposará a su hija Creusa.

Medea insiste, quiere ser invitada a la boda, quiere conocer de cerca a Creusa, pero Creón en terminante: “Tienes una hora para salir de mi reino; estos hombres te guiarán...”. Medea se resiste y el rey le recuerda que los hijos de Pelías reclaman su cabeza a todos los reyes de la costa, que puede entregarla inmediatamente, pero que Jasón le ha pedido que la deje partir. Medea impreca nuevamente contra Jasón, contra los jueces y contra el propio Creón: “Eres viejo... Mírame a los ojos y reconócame... soy de tu raza, de la raza de los que juzgan y deciden sin remordimientos...”. Además, desafiándolo a través del tiempo, le recuerda que su nombre y el de Jasón están unidos por los siglos de los siglos, que el crimen los ha hermanado, que sus manos están tintas de la misma sangre. “Soy su mujer y cada uno de mis crímenes es suyo...”. Creón, luchando aún con la imperiosa fuerza que emana de las invectivas de Medea, se aleja, luego de concederle aún esa noche y prometerle que cuidará de sus hijos. Al salir Creón, Medea prorrumpe amenazante: “Has perdido las garras, viejo león. ¡Soy Medea! Pagarás muy cara la noche que me has concedido...”. Luego, airadamente, ordena a la Nodriz que prepare la partida.

Medea es interrumpida por Jasón, quien llega esperando encontrarla sola. ¿Pero Medea debe aún escucharlo? Lo ha amado largos años, ha envejecido junto a él. Los amantes van evocando su pasado, su primer encuentro. “¡Qué fácil sería un mundo sin Jasón! ¡Un mundo sin Medea! ...” Pero este breve sueño se disipa pronto. Medea, fuerte en sus derechos, firme en su odio, con acento terrible le recuerda que siempre será su mujer y que jamás podrá olvidarla. Jasón quiere despojarse de estos recuerdos que lo aterran pero Medea es inflexible. Sus palabras punzantes, aceradas, cargadas de horror y de crímenes, recuerdan a Jasón el odio y el mal que sembraron a su alrededor en diez años de sobresaltos, de inquietudes, de aventura. Medea exige la muerte, pero Jasón quiere la paz y el olvido... Nunca más los tendrá; para él mundo es y será siempre Medea. Esta, implacable, rechaza todo intento de compasión. Herida, es temible todavía: la desgracia, el orgullo, el egoísmo, el odio y el crimen alientan aún en su corazón. Jasón, vencido, comprende que no puede impedirle que continúe siendo igual a sí misma y melancólicamente, por momentos con exaltación, evoca su pasado con esta mujer terrible y sublime a la vez, a quien tanto ha querido. Pero ahora el héroe desea detener su destino, ser simplemente un hombre. Creusa será para él la humildad, el olvido y lo que tanto detesta Medea: la felicidad... Jasón se aleja en la noche diciéndole: “No puedo desearte que seas feliz, sé ti misma...”. Sola, Medea se debate entre el odio y el amor, llamando desesperadamente a su amante. A sus gritos acude la Nodriz. Medea le ordena despertar a los niños, que duermen en el carromato. Ellos deberán llevar el regalo de bodas, un cofre negro del que todos ignoran su existencia. El cofre contiene un velo de oro y una diadema, restos del tesoro de su raza. Pero los niños no deben abrirlo; irán a palacio y lo entregarán en las propias manos de la novia. La Nodriz entra en el carromato; viste a los niños y luego, silenciosamente, sale con ellos, portadores de la ofrenda.

Acto segundo. Medea, rodeada por las bestias de la noche invoca al mal, gran bestia viviente, consagrándose a él y a sus devastadores efectos. Ella también es una alimaña, todo lo que persigue y mata es Medea...

La Nodriz advierte que los niños han llegado a palacio, no sabe cuál es el nuevo crimen, pero lo presiente en el aire. Atemorizada, la anciana aconseja huir. Medea exclama: “Aunque me hubiera ido, volvería para gozar del espectáculo”.

Apresuradamente llega el mensajero. Creón y su hija han muerto: dos niños —cuenta— han llegado a palacio con un cofre, con los fatales presentes. Apenas los tocó,

adornándose con ellos, la novia cayó desfigurada por el mal. Creón intentó arrancar el velo y la diadema que mataban a su hija, pero también se desplomó aullando de dolor. “Corre el rumor de que tú has enviado el veneno, los hombres se han apoderado de las armas y vienen hacia ti... ¡Huye, Medea!...”. La mujer, enloquecida, ya no teme, y ordena a la Nodriz poner leña bajo el carromato, nada deberá quedar allí que recuerde a Medea. La Nodriz huye despavorida. Los niños vuelven corriendo y se arrojan en los brazos de su madre. Medea decide cumplir su más inconcebible acto: acaricia a sus hijos y luego de evocar a Jasón, entre el clamor de la multitud que se va acercando, los arrastra hacia el carromato.

Huraña, como una fiera en acecho, vuelve la Nodriz que angustiada llama a Medea, anunciándole la proximidad del pueblo de Corinto. El carromato se desploma. Jasón y el pueblo invaden la escena. Medea, surgiendo majestuosa, grita: “¡No te acerques... que nadie se mueva!...”. Jasón pregunta ansiosamente por sus hijos. “Han muerto –dice Medea- los he matado y antes de que puedas dar un paso, con el mismo hierro moriré. Soy Medea para siempre... Soy tu mujer y ahora trata de olvidarlo...”. Diciendo esto, entre el clamor y la exaltación del pueblo, desaparece un incendio que no es real sino cósmico, por cuanto ella se considera hija del Sol.

Claudio Guidi-Drei

Fuente: Valenti Ferro, Enzo. Historia de la ópera Argentina. Buenos Aires, Gaglianone, 1997. p. 220-223